

LA HERMOSA VENUS

Venus la hermosa, brillaba en el cielo.
(Homero, *Iliada*).

Homero fué quien, admirando á Venus en el cielo de la noche, hace ya tres mil años, lo mismo que nosotros la admiramos hoy, la saludó con el dictado de hermosa entre todas. ¿Qué mirada no encantó su brillo esplendoroso? ¿Cómo no saludar en ella, cuando reluce límpida sobre nuestras cabezas, á la más refulgente de las estrellas todas, y cómo no preguntarse qué misterios son los que se esconden en el seno de su luz?

Esa radiante estrella de la noche es sin duda la primera observada, en la antigüedad más remota: es el único planeta de que habló Homero; Isaías celebra su esplendor bajo el nombre de Lucifer con que la bautiza: en tiempos de las pirámides, los egipcios la llamaban *el ave celeste de la mañana y de la tarde*; los babilonios, hace más de treinta y cinco siglos, observaron uno de sus pasos por delante del Sol; llamábanla los indios *la brillante* y los primeros árabes *Zohra, esplendor del cielo*. Desde los primeros días del mundo fué Venus la diosa de la belleza y del amor. Levantemos esta noche los ojos á la bóveda estrellada: ved

ahí ese astro cantado por Homero y por Virgilio.

Desde esas épocas lejanas, ¡cuántos sucesos han acaecido! Pueblos, lenguas, religiones, todo ha variado. ¿Dónde están los ojos que hace tres mil años contemplaban á Venus? ¿dónde los corazones que le confiaban sus penas de amor y que juraban por la eternidad? Y por lo que á nosotros hace, ¿quiénes serán nuestros sucesores cuando dentro de tres mil años los parisienses del siglo cuarenta y nueve admiren como lo hacemos hoy el astro de la *Iliada* brillando en su cielo? Pasa con rapidez la historia de los hombres: las ondas se suceden y desaparecen en el océano de las edades: queda el cielo, y el astrónomo sonríe ante las grandes ambiciones y las tempestades pequeñas.

*
**

En este momento se encuentra Venus en uno de sus más extraños períodos de brillantez: es tan brillante, que proyecta sombra, como el rayo de luna, y de ello es fácil asegurarse ya colocándose el observador en un cuarto sin luz, ya marchando de frente á un muro en el campo. Puede distinguírsela en pleno día, á simple vista, no sólo antes de la puesta del sol sino aun á medio día, cuando se conoce su situación. No hay estrella ni planeta alguno que alcance un brillo comparable al suyo.

Esta visibilidad de Venus en pleno día fué observada hace ya mucho tiempo, pero es difícil que se convierta, por decirlo así en acontecimiento público, como sucedió entre otras veces, cuando el general Bonaparte, acabada la conquista de Italia y después de extender

hasta Roma el imperio de la república francesa, recibió del Directorio, en Diciembre de 1797 los honores que presagiaban el Consulado.

Trasladábase el joven general al palacio del Luxemburgo donde el Directorio le esperaba; rodeábale brillante estado mayor, cuando en la calle de Tournon hubo de sorprenderle que todo el pueblo que se estrujaba á su paso para aclamarle, en vez de mirarle á él mirase á un punto del cielo. Por un ayudante de campo se enteró de que el objeto de la general curiosidad era un astro que brillaba en el cielo, y que en esa estrella veía el pueblo francés la del vencedor de Italia. La estrella era Venus, cuyo brillo alcanzaba entonces su máximun, precisamente como ahora. Los tiempos políticos han cambiado: la estrella permanece ahí.

Ahí está, recibiendo los holocaustos amorosos en el fondo de los templos que le fueran consagrados en Grecia, en Egipto, en las Indias, en la tierra entera, porque de sus aspectos brillantes ó misteriosos de la tarde y de la mañana, nació el culto de su personificación encantadora. Aun en el día son muchos los contempladores que no ven en ella sino la belleza radiosa reinando en la morada etérea, sin que se les ocurra pensar que la ciencia ha explicado el ídolo y transfigurado la estrella.

Ya no es para nosotros Venus el símbolo alegórico perdido en el incienso de las nubes y reinando sobre los corazones encadenados: tampoco la Tierra es ya una morada inferior dirigida por las celestes influencias: el horizonte se ha ensanchado, nuestro planeta goza de libertad y boga en el espacio inmenso: Venus

se ha convertido en una estrella del cielo, nuestra hermana y nuestra vecina, y las miradas que la contemplan hoy, no ven ya sólo en ella como Homero ó Manilio un punto luminoso que brilla encima de nuestras cabezas y rige los sentimientos de nuestros corazones acordándolos con el palpitar de nuestra sangre, sino un mundo análogo al que habitamos, gravitando como el nuestro en torno del mismo Sol, viviendo de la misma luz y del mismo calor, y en situación, como el nuestro, de crear generaciones pensantes para las que la Tierra en que vivimos es á su vez un astro del cielo.

*
**

Una de las conquistas más hermosas de la Astronomía es la de haber hecho así del hombre un ciudadano del cielo. El planeta que habitamos es un astro, lo mismo que Venus, Marte ó Júpiter, y, lejos de ocupar el centro de la creación, yace en el fondo del infinito, como las más lejanas estrellas de la Vía láctea. La brillante Venus no posee en sí misma más luz que nuestra propia Tierra: recibe sencillamente los rayos del Sol y los refleja en el espacio, lo mismo que la Luna. Tomad, como ejemplo, una lente de larga vista y dirigidla hacia Venus; veréis que afecta la forma de una herradura: ya no es Venus: es Diana.

Tomad una lente de mayor fuerza y observaréis que el borde de esa herradura no es regular, y que el polo austral aparece redondeado mientras el boreal es puntiagudo. Aumentad aún el poder del instrumento y reconoceréis la atmósfera por la difuminación degra-

dada de la línea de separación entre el hemisferio iluminado y el obscuro, y por las nubes arreboladas ó las ligeras sombras que manchan su disco adelgazado.

Si lleváis más lejos aún la observación, proporcionándoos no la molestia sino el placer de verificar algunos cálculos de astronomía práctica, encontraréis que el diámetro de ese globo es precisamente el mismo que el de la Tierra, pero que Venus, es algo más ligero que nosotros por ser su densidad dos veces menor que la de nuestro planeta, de donde resulta que los objetos pesan algo menos en su superficie. Un kilogramo, transportado á Venus, sólo pesa 802 gramos. Pesa aun menos en Marte, 376 gramos, y menos todavía en la Luna, 174. Aquí abajo pesamos todos demasiado.

También nos enseña la astronomía que esa joven hermana de nuestro planeta está con nosotros en comunicación, no sólo por medio de la luz si que también por la atracción, y que el espacio, lejos de ser una separación entre los mundos, es un invisible lazo de unión. Así por ejemplo, la distancia que nos separa de Venus en este momento es de 41 millones de kilómetros. Para franquear esa distancia emplea la luz sólo dos minutos y diez y siete segundos. ¿ Es esta una separación considerable? Sin salir de París, un telegrama, no obstante su nombre, emplea más de una hora para ser transmitido á algunos centenares de metros. Si los astrónomos pudiesen llegar á instituir la telegrafía celeste, comunicarían mucho más rápidamente de un mundo á otro que entre dos barrios de la moderna Babilonia. Una amiga del progreso, la

señora Gusmán, de Burdeos, ha tenido la peregrina idea de legar cien mil francos á la Academia de Ciencias para ensayar la sublime locura de una comunicación óptica entre la Tierra y sus vecinos del cielo. Debía haberse aceptado la oferta, aunque no hubiera sido más que para estimular las observaciones conducentes á hacer el conocimiento de los mundos más cercanos al nuestro. El Instituto ha creído de su deber rehusar el legado, que irá probablemente á parar á los Estados Unidos.

*
*
*

Si el rayo luminoso lanzado de Venus á la Tierra sólo emplea en llegar á ésta dos minutos y diez y siete segundos, más rápidamente aún se transmite la atracción entre los dos planetas, por cuanto ni siquiera invierte un solo segundo. ¡ Qué maravilla ! Á 41 millones de kilómetros de distancia experimentamos nosotros la misteriosa influencia de Venus, sentimos que pasa cerca de nosotros, y deslizando por la pendiente encantada de su atracción, abandonamos por un instante la órbita regular de nuestra carrera en torno del Sol para acercarnos á su dulce estela. La mecánica celeste calcula este desplazamiento y lo tiene en cuenta en sus determinaciones.

Si el Sol no fuese como es el más fuerte, los dos planetas hermanos, Venus y la Tierra se acercarían gradualmente uno á otro y acabarían por llegar á rozarse como dos libélulas bogando de acuerdo por los campos celestes. Pero, por fortuna para nosotros, el omnipotente Sol, recobra al punto sus derechos y todo entrá de nuevo en el orden establecido.

El año de Venus no dura más que 224 días. Es pues bien corto. Pero, sin duda en justa compensación, parece ser que los días son muy largos, ó por mejor decir, eternos!.. Sus nubes nos estorban considerablemente para observar su movimiento de rotación diurna, y en tanto que conocemos con diferencia de un centésimo de segundo lo que dura la rotación de nuestro también vecino Marte, ó sea, 24 horas, 37 minutos, 22 segundos y 65 centésimas de segundo, esta noción sigue siendo aun muy incierta por lo tocante á Venus. Muchos astrónomos han formulado la conclusión de que podría ser que girase constantemente el mismo hemisferio del lado del Sol. Si así fuera, — lo cual no tardaremos mucho en saber — de un lado del planeta tendríamos un día eterno, y noche eterna del otro lado, lo cual constituiría un mundo bien singular.

De un lado la luz, el calor, la vida; del otro la noche y el frío glacial de la muerte. Los habitantes podrían escoger para residencia unos el Sol perpetuamente zenital, otros, por intermitencias tal vez, la noche alumbrada eléctricamente con luz artificial, y otros la media luz del Sol poniente ó de los crepúsculos. De este modo la hermosa Venus tendría un hemisferio perpetuamente nocturno, y otro diurno á perpetuidad. ¡ Vaya una rareza! ; Cuánto no deben diferenciarse entre sí los mundos bajo el punto de vista de la forma de sus organismos y de la naturaleza de sus habitantes! Pero lo interesante para nosotros son sus relaciones de vecindad y de atracción.

Así por ejemplo, el Sol nos muestra en este momento su máximo de actividad en sus manchas y sus

erupciones, lo cual se reproduce cada once años, y no ocurrirá de nuevo hasta el año 1905. Pues bien, aquí mismo sobre la Tierra, á 149 millones de kilómetros de distancia, nos revela la aguja imanada al mismo tiempo que ese máximo de actividad del Sol un máximo de actividad en el estado del magnetismo terrestre, y todo induce á pensar que lo mismo ocurre en Marte y en Venus aun cuando allí no tengan fabricada aguja magnética para indicarles este efecto.

La ciencia de los astros nos abre en la actualidad horizontes inesperados sobre la vida extraterrestre. Sabemos ya que la Tierra, Venus y Marte, son tres patrias flotantes dirigidas por las mismas fuerzas, regidas por la misma atracción y mecidas en las fluctuaciones de un mismo magnetismo. Vista bajo este prisma, Venus resulta para nosotros más interesante de lo que lo fué jamás en los tiempos mitológicos. ¿ No es acaso el conocimiento de estas simpatías celestes la primera etapa en el camino de la conquista de los otros mundos?